

VOCES ARAHUACAS EN JUAN DE CASTELLANOS

por Manuel Alvar

1. Leer a Juan de Castellanos no deja de ser un riesgo, y como todos los riesgos puede deparar inesperadas sorpresas. Cualquiera que se decida a hacerlo habiendo consultado las páginas que le dedica Menéndez Pelayo, acaso no siga en su propósito. Sin embargo, nuestro interés —que ahora no es el del historiador ni el del crítico literario— obtiene frutos a raudales si se atiene a considerar los medios expresivos de que se valió el beneficiado de Tunja para llevar a cabo su cometido.

2. Al fijarnos en la posición del poeta ante lo que va a contar y ante su manera de interpretar el Nuevo Mundo, veremos cómo converge con la visión de otros cronistas de Indias que dieron fe hispánica de su manera de actuar: veracidad de lo que narran, testimonio de su propio conocimiento. Por eso las *Elegías* son una obra de valor sustancialmente histórico, pero son —también— un ejemplo singular de cómo se iba captando aquella realidad inédita, de los procesos que tuvieron que seguir una lenguas extrañas para incorporar su vocabulario —y perpetuarse así— al español, de la misión

que cumplió el castellano modificando la geografía lingüística de la América prehispanica.

3. En este sentido, la obra de Castellanos es de valor singular: el autor —como Bernal Díaz del Castillo— ha puesto toda su diligencia para adquirir la mejor información, pero —sobre los testimonios ajenos— vibra la emoción de hombre que conoce las cosas, y a las que quiere eternizar con su pluma: entonces hace autobiografía. Cuenta lo que ve, lo que ha aprendido, lo que es duradero en su memoria. Y nos transmite su experiencia.

4. Desde un punto de vista lingüístico, ha de ser fundamental esta captación de América por un hombre que pasa allí más de sesenta años de vida, metido entre gentes que quedaron marginadas de las grandes conquistas (Méjico, Perú) y cuya cultura primitiva no podía competir con los portentos aztecas, mayas o incas. Sin embargo, estos mismos hechos dan un valor singularísimo al testimonio de Juan de Castellanos. Porque la inclusión de voces indígenas (frente a Ercilla, Oña, Villagrá y, no digamos, Lope) es ello lo que hace que este poema valga más en nuestra historia lingüística. Porque he aquí que la tan decantada veracidad del poeta cobra —de pronto— una exactitud terruñera, un inalienable sustento de precisiones y nos da una inequívoca lección de realidad americana, tanto para cada una de las comarcas en que los hechos se cumplen cuanto para conocer qué caminos siguió el español en su progreso para captarla.

5. Castellanos ha seguido los mismos principios que han practicado todos los lexicógrafos (definiciones, explicaciones, disyunciones), independientemente de la lengua que hayan estudiado. Su originalidad y, sobre todo, su interés, no está en cómo ha adaptado un mundo exótico a sus necesidades expresivas, sino en qué ha tomado de esa realidad para lograr su comprensión o eficacia. Como anticipo de este programa de trabajo, voy a considerar —tan sólo— una pequeña parcela: las voces arahuacas o taínas que se documentan en las *Elegías de varones ilustres de Indias*.

6. En otro sitio he dicho que «en la Española el castellano inició su proceso de adaptación a la nueva realidad, pero —también— el de adopción de palabras que le entraban a raudales»; «lo que se aprendió en Santo Domingo o en Cuba era ya español patrimonial como aquél que venía de Castilla la Vieja» (1). Es necesario tener esto en cuenta. Las voces arahuacas se extendieron como una mancha de aceite sobre todo el Continente: no hubo rincón al que no llegaran los términos taínos. Convertidos el náhuatl y el quechua en lenguas generales de Meso y Sur América, respectivamente, el taíno fue la única supraestructura léxica que cubrió a las dos grandes lenguas prehispánicas. El español llevó por todas partes lo que había aprendido en las Antillas. Ese primer impacto americano fue el que nunca se desarraigó. Vamos a ver ahora cómo las voces arahuacas eliminan a cualquier otro préstamo en las *Elegías* de Castellanos; motivo tanto más importante por cuanto lo que el beneficiado de Tunja va a describir son los hechos de la expansión española desde sus orígenes, pero las va a ver desde el cristal de un conjunto de lenguas mucho menos prestigiosas que las que se hablaron en la Nueva España o en el Perú. Y muchas de estas lenguas pertenecen al gran tronco caribe, poco afortunado en sus primeros encuentros con el español. Gracias a las *Elegías*, poseeremos un gran complejo antillano al que podremos estudiar: el de las islas mayores, ayudado a migrar con la lengua de Castilla (2), y el de las islas de Barlovento, reencontrado ahora en tierra firme, y, al lado del arahuaco y el caribe (3), la difusión del quechua o la expansión azteca.

(1) *Americanismos en la «Historia» de Bernal Díaz del Castillo*. Madrid, 1970, pp. 19 y 21.

(2) En los documentos que se escriben en Cuba (1538, 1546) no se escapa la realidad de los hechos. Nos sirven para conocer un camino de la migración:

Como esta ysla aya seydo madre para poblar la Nueva España y bastecer la Tierra Firme y después que el Perú se descubrió han salido desta ysla muchos bastimentos y caballos y cristianos españoles, esta ysla está muy desposeyda y muy huérfana de quien por ella hagan, y si vuestra Magestad no la remedia ella va muy perdida (CDIHU, VI, 40. Otro texto afín en el mismo volumen, 266).

(3) Vid. *op. cit.*, en la nota 1, pp. 17-18.

7. La lengua en la que escribe Castellanos es una lengua formada ya en lo que pudiéramos llamar su integración americana. Intenta dar una visión de la conquista y colonización desde los propios días del descubrimiento hasta 1588 aproximadamente (4). Su obra se presenta como el crisol en el que se funden todas las posibilidades de recibir americanismos. Tanto más importante este hecho por cuanto podrá denunciarnos lo que tuvo valor general y lo que tuvo un valor puramente regional en la sensibilidad de los habitantes.

8. Salvo error de cómputo, hay 155 americanismos en las *Elegías* y de ellos, nada menos que 73 son arahuacos o taínos (5). Toda la vida del Continente recién hallado está en las voces que Castellanos transmite:

9. La naturaleza: *arcabuco* (86 b, 321 a) (6), documentado desde 1535 para designar el «boscaje de árboles en monte alto o en lo llano» o «bosques espesos» (7), *chapa* 'elevación' (*H*, I, 458), *huracán* (8), *jagüeyes* para hacer aguas (9), *zabana* (10) y *zabaneta* (550 a, 551 b) 'pradera'.

(4) A esta fecha se refieren los acontecimientos descritos en la p. 562 b. Mis referencias se hacen al t. IV de la BAAEE, en cuyo caso cito —sin más— página y columna; con *H* me refiero a la *Historia del Nuevo Reino de Granada* (edic. Paz y Melia) y con *D* al *Discurso* de Drake (edic. González Palencia).

(5) En la actualidad *arahuaco* es voz usada por otras tribus y por los criollos de Guayana con referencia al pueblo que nos ocupa. Su significado sería 'jaguar' (<ar o a) o 'medicar' (<or o a); parece que hay que desentenderse de la etimología de 'comedores de harina', que alguna vez se ha dado (<har u 'almidón' + eke 'comer'), cit. por C.H. de Goeje, *The Arawak Language of Guiana*. Amsterdam, 1928, p. 3, nota 1.

(6) Estudio cada una de las voces que ahora aduzco en mi libro *Juan de Castellanos. Tradición española y realidad americana* (en prensa por el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá).

(7) Oviedo, Acosta, etc., según señalo en el vocabulario a que me he referido en la nota anterior.

(8) La voz, posiblemente maya, la aprendieron los españoles en las Antillas (se documenta entre 1510-1515). Vid. F. Ortiz, *El huracán*. México-Buenos Aires, 1947, pp. 85 y ss. Castellanos da como características del fenómeno su carácter arrasador, las inundaciones que produce y el temor mortal que infunde a los hombres (118 b).

(9) La edic. de la BAAEE lee *jaquey* en numerosos pasajes.. Es un error —en el que han caído muchos editores de los viejos cronistas: he

10. La vivienda y su modestísimo ajuar: la *barbacoa* 'choza en lo alto de un árbol' (218 a, 555 a, 391 b, etc.) o palafítica (283 a, 181 b, 182 b, 247 b, etc.), que es descrita con mucha exactitud:

Pero ninguna más incomfortable [que la tierra de
los chocoes]

Ni más perjudicial al ser humano,
por ser anegadiza, montüosa,
Con otras cien mil plagas insufribles,

.....
De que gozan algunos naturales,
Rarísimos, en árboles subidos,
Sobre los cuales tejen *barbacoas*.
Y en ellas sus tugurios o chozuelas,
Por las inundaciones de los ríos,
que suelen ser allí cotidianas
Vivienda vil y más que miserable.

(531 a) (11).

Además se mencionan los típicos *buhíos* (15 b, 49 b, 104 b, etc.), caracterizados por Castellanos, a pesar de que sabemos muy bien cómo eran (12), los *caneyes* o 'viviendas de los caciques o casas alargadas donde vivía una gran cantidad de gente' (133 b, 273 a, 275 b, etc.) (13) y los *conucos* 'labranzas en las que solía haber una cabaña' (58 a, 416 a) (14). Completán-

consultado el ms. de la Academia de la Historia y el poeta escribió siempre *xaguey*.

(10) «Un gran llano que llamamos por vocablo de indios de esta isla Española *çavana* (Las Casas, apud G. Friederici, *Amerikanistisches Wörterbuch*. (2.ª edic.). Hamburg, 1960 s. v. *savana*). Documentación de Castellanos en las pp. 38 a, 50 b, 84 b, etc.

(11) Cfr. Alvar, *op. cit.*, pp. 49-50.

(12) Reúno datos en mi *Colón en su aventura* (apartado que título *La captación de América*. «Prohemio», II, 1971).

(13) *Buhíos* y *caneyes* se distinguían, normalmente, porque los primeros eran más pequeños y redondos. Unos y otros tenían techumbre pajiza, por lo que a veces el poeta no discrimina, diciendo *casas de paja* (98 a, 186 b, 409 b, etc.), *pajizos aposentos* (329 a), *pajizos ranchos* (503 b). Vid. S. Lovén, *Origins of the Tainian Culture, West Indies*. Göteborg, 1935, pp. 339, 343-344 y C. Coll, *Prehistoria de Puerto Rico* (edic. de 1968), pp. 99 y 159.

(14) Para mayores precisiones, vid. Lovén, *op. cit.*, 353 y Coll, *op. cit.*, p. 122. En *arahuaco*, *conoko* o *kunuku* significa 'madera' (cfr. el vocabulario a que me he referido en la nota 6).

dolas, se citan el *duho* 'asiento bajo a veces de oro' (379 a) (15) y la *hamaca* (90 b, 127 b, 163 a, etc.) con su *hico* 'cordón en que rematan las puntas' (90 b) (16); las *barbacoas* para asar (104 a, 342 b, 383 a); el *cibucán* para preparar cazabe (*H*, II, 237) y el *batey* o 'plaza donde se trilla' (63a, b).

11. La terminología de la organización religiosa y social. A ella pertenecen palabras que han podido perder ya su primitivo origen. Los *areítos* (379 a), que en Castellanos todavía tienen cierto sentido de rito funerario, lo mismo que en otras descripciones que poseemos en los plantos del valle del Cauca (17). El 'ídolo' se llamaba *cemí* (63 a, 84 a), voz conocida por nuestro poeta, aunque en él se identifica con un determinado tipo de joya:

Vieron entre estos indios bien dispuestos
Un indio grandemente señalado:
Las piernas y los brazos muy compuestos
En los pechos *cemí* de oro labrado.

Los autores que mejor conocieron la realidad antillana dejaron estas descripciones, bien útiles para nuestro objeto: «tenían algunos ídolos o estatuas [...] y éstas generalmente llamaban *Cemí*, la última sílaba y aguda» (Las Casas, *Hist.*, V, 436), «al qual ellos *Çemí*, y a éste tienen por su dios, y a este piden el agua, o el sol, o el pan, o la victoria» (Oviedo, *Hist.*, I, 126) (18). También cumplieron una misión ritual la *bija* 'pintura roja con la que se embadurnaban el cuerpo; la preparaban moliendo almagre con la trementina de un árbol (*Bixa Orellana L.*)' (19) y la *jagua* 'tinta negra extraída de

(15) En Friederici, s.v., hay abundantes testimonios viejos y en alguno la constancia de que es vocablo isleño. Téngase en cuenta la obra citada en la nota 6.

(16) Vid. Friederici, s.v., donde figura este texto de Oviedo: «Sogas de algodón o de cabuya bien fechas [...] a las quales sogas llaman *hicos*, porque *hico* quiere decir lo mismo que *soga* o *cuerda*» (*Hist.*, I, 132).

(17) En el poeta la voz es ya trisílaba. Cfr. mi libro sobre Bernal Díaz, pp. 48-49. Los testimonios del Cauca, en Friederici, s.v.

(18) Ambos testimonios en Friederici, s.v.

(19) Referencias en 63 a, 95 b, 106 a y otras muchísimas veces. De ella deriva *embijado(s)* (15 a, 66 b, 266 a), etc.

la *Genipa americana* L.' (337 b), con la que se embadurnaban de negro los guerreros cuando iban al combate.

Pertencen a la organización social términos bien conocidos, como *cacique* (36 a, 49 a, 50 a, etc), *caciquejos* (355 b) y *cacica* (32 a, 32 b, 33 a, etc.) o *naboría* 'indio sometido a servidumbre' (117 a, 212 b) (20).

12. La vegetación abruma con su exuberancia. Hay cereales tan conocidos como el *maíz* (62 b, 85 a, 104 a, etc.) (21) o raíces de tanta utilidad como la *yuca* (22) de la que se obtenía el *pan cazabe* (23); plantas sarmentosas como el *bejuco* (24), textiles como las *cabuyas* (111 a, 113 a; H, I, 149, 415) (25) y el *maguey* (90 b) (26) o curtidoras como las de los *maglares* costeros (22 b, 96 a, 106 b; D 178, 217, etc.). Tubérculos como el *aje* (328 b), la *batata* (15 a, 133 b, 205 b, etc.), las *boniatas* (133 b, 221 b, 298 b) o el *lerene* (136 a), que todavía se come en Puerto Rico (27); condimentos como el *ají* (15 b, 188 a) o las 'avellanas americanas' llamadas *maní* (H, I, 152). Árboles de todo tipo como la *ceiba* corpulenta (150 b, 182 a, 188 b), empleada para hacer canoas; el llamado *guama* que da fruto «a la manera de algarrobas» (345 a, 540 a); el *copey* de madera resistente (157 b) o las *yaurumas* de madera liviana y hueca y de frutos como higos (291 a). Y quedan las frutas que decorarían un fastuoso hodegón barroco: *anones* (151 b, 367 b), *caimitos* (367 b), *guanábanas* (151 b, 367 b), *guázumas* (483 b) (28);

(20) *Cacique y naboría* en mis *Americanismos en Bernal Díaz*, pp. 55-56 y 82-83.

(21) *Maíces* en 15 a, 106 a, 136 a, etc.

(22) Páginas 205 b, 279 a, 298 b; *yucales*, en 133 b, 185 a, 382 b; *yucas*, en 15 a, etc.; *yucas boniatas*, en 133 b, 221 b, 298 b.

(23) En Castellanos alternan las dos formas antiguas: *cazabe* (298 a) y *cazabi* (269 a), con su plural *cazabis* (15 a, 93 a). En 269 a, se lee *pan de yuca*.

(24) Su origen taíno ya fue señalado por P. Henríquez Ureña, *Para la historia de los indigenismos*. Buenos Aires, 1938, pp. 102 y 112.

(25) Cfr. Friederici, s.v., y la discusión que hago en el § 159 de mi libro sobre Castellanos.

(26) Cfr. *Americanismos Bernal Díaz*, pp. 75-76.

(27) Cfr. Maralet, *Lexicon de fauna y flora*. Bogotá, 1961, s.v.

(28) Aunque para el cronista Herrera (apud. Friederici, s.v.) eran

hobos (140 *a*, 185 *a*, etc.) (29), *maco* (86 *b*, 120 *b*, etc.), *mamey* (50 *a*, 151 *b*, *papayas* (105 *b*, 367 *b*), *pitahayas* (151 *b*) y *tunas* (296 *a*). Y había *tabaco*, cuyo humo servía para consultar a los demonios (29 *a*) y conocer el futuro (93 *b*), que en medicina curaba no pocas dolencias (133 *b*, 340 *a*, 441 *b*) y que se gozaba con él en las fiestas (145 *b*).

13. La fauna. No se puede comparar en variedad con la flora, teniendo en cuenta —además— que los cuadrúpedos eran escasos en las islas cuando los españoles las descubrieron. No obstante, se cita algún pez como el *tiburón* (29 *b*, 96 *a*), cuyos agudos dientes se usaban como puntas de flecha; algún mamífero acuático como el *manatí*, cuya piel se empleaba para hacer paveses y cuya grasa sustituía al aceite (16 *b*, 102 *a*, 419 *b*) (30); algún reptil como la *hicotea* 'especie de tortuga de agua dulce' (359 *b*) y la *iguana* 'monstruo fiero' (116 *a*) o algún insecto como los *jejenes* 'mosquitos' (254 *b*), *comijenes* 'termites' (435 *b*) y las *niguas* 'especie de pulga que sólo pica en los pies' (256 *a*). Quedan, por último, los cuadrúpedos mamíferos como las *huitías* (16 *b*) o *hutías* (31 *b*) que se comen con ají, y son «entre ratones y conejos», los *mohuiyes* (31 *b*) algo más pequeños, y los coríes (15 *b*, 31 *b*, 105 *b*, etc.) «como gazapitos»; los tres roedores que conocieron los españoles y únicos que existían en las Antillas, según el testimonio de Gómara:

No había en esta isla (la Española) animales de tierra con cuatro pies, sino tres maneras de conejos, o por mejor decir ratas, que llamaban *hutías*, *cori* y *mohuy* (31).

«frutas delicadas», Castellanos hace de ellas una descripción muy poco propicia (383 *b*).

(29) Cfr. § 241 de mi libro sobre Castellanos.

(30) En la última referencia se cuenta que su carne es gustosa, pero no conveniente para los enfermos, y se hace tasajo, como la del ternero. El animal, torpe en tierra y en el agua, era fácilmente capturable. El término taíno —oído por Las Casas, Cobo, etc.— está en conexión con el caribe insular *mandtui* y tiene que ver con el caribe continental *manati*, *manatir*, *matir* 'tetas, ubre' (Cfr. § 261 del libro sobre Castellanos al que ya me he referido).

(31) Apud Friederici, s.v. *mohuy*.

Mayor tamaño alcanzaban los *quemíes* (31 *b*), «que eran unas liebres o gozquejos», según Gómara, y los *guaraquinajes* (15 *b*), parecidos a los lechones. El perro del Caribe es *aurí* (105 *b*), con voz —también— taína y el 'armadillo' era *cachicano* (130 *b*), que —según creo— procede de *che* 'armadillo' + *kama* 'tapir'.

No se citan otras aves que las *guacayas* (218 *b*) o *guacamayos* (105 *b*) cuyas brillantes plumas se emplean para hacer penachos.

14. El atuendo contaba con 'abalorios' llamados *cacona* (130 *b*, 276 *b*) 'oro' *cháquira* (33 *b*, 240 *b*, etc.) 'oro' o 'cosa de valor', *cay* (240 *b*) y *guaní* 'tumbaga' (241 *b*, 322 *b*).

15. Por último, quedan por mencionar *canoa* (14 *a*, 49 *a*, etc.) y sus derivados *canoero* (149 *b*), *canohuela* (167 *b*, 184 *a*, etc.), *macana* (24 *b*, 53 *b*, 56 *a*, etc.) y *macanazos* (317 *a*), dos americanismos muy viejos en español, y otro que cabe en el mundo bélico, *guazávata* 'la pelea' (404 *a*; *H*, I, 392) (32).

16. Más de un 47'4 % de las voces indígenas que usa Castellanos proceden del arahuaco de las Antillas Mayores. La nómina en sí misma resulta impresionante, pero lo es mucho más en un orden de frecuencias porque *arcabuco*, *barbacoa*, *batata*, *bejuco*, *bija*, *buhío*, *cacique*, *caney*, *cano*, *caribe*, *corí*, *hamaca*, *macana*, *maíz*, *yuca* y *zabana* son —abrumadoramente— los americanismos que se recogen con mayor asiduidad.

Los taínos representaban una cultura de escasísimo desarrollo, sobre todo si se compara con el portento de los aztecas, los mayas o los incas. Y, sin embargo, un variadísimo caudal léxico aprendieron e nellos los españoles. No sólo para desig-

(32) Probablemente es también arahuaca *chicha* 'bebida fermentada de maíz' (93 *b*). Como tal la consideran Alvarado y numerosos autores antiguos aducidos por Friederici, s.v. Otros —sin embargo— la juzgan oriunda del istmo y Cuervo, concretamente, panameña.

nar una naturaleza que les resultaba deslumbradora (el paisaje, la flora, los animales), sino incluso para nombrar objetos o instituciones de notorio primitivismo (la casa, la terminología socio-religiosa, la navegación o la forma de pelear). Creo que es útil saber cómo adquirió Castellanos todo este riquísimo vocabulario. Pretendiendo la mayor objetividad posible he buscado las autoridades que aduce Friederici en su *Diccionario* y salvo tres voces que no registra, todas las demás aparecen en los historiadores más antiguos: Pedro Mártir de Anglería (20 términos), Las Casas (49), Oviedo (49), Aguado (18) y en menor cuantía, Gómara, Acosta, etc. No creo ser inexacto si pienso que el poeta conocía las obras de Oviedo (33), a quien cita taxativamente, y de Las Casas, al que dedica un encendido elogio:

En aquesta sazón que voy diciendo,
Hubo por estas partes y regiones
Un clérigo, bendito reverendo,
Testigo de muy grandes sinrazones,
A quien Dios levantó, según entiendo,
Por favorecedor destas naciones;
Bartolomé Casaus se decía,
Padre desta moderna monarquía.

Aunque aprendieran cosas de oídas, no deja de ser notable el testimonio escrito de esos americanismos en la obra de sus predecesores; justamente, los que mejor conocían las Antillas o aquellos para quienes la experiencia americana fue —sobre todo— antillana o exclusivamente antillana.

Facultad de Filosofía y Letras.
Universidad Complutense de Madrid.

(33) M. A. Caro señaló que de Oviedo procede el retrato que Castellanos hace de Colón (*Joan de Castellanos*, prólogo a las *Elegías*. Bogotá, 1955, p. 46).